

# LA NACION.

EDICION LITERARIA.

Año V.

Redaccion y Administracion, calle del Fomento, núm. 18.  
Gratis á los suscritores de LA NACION.—Un cuadernillo de 25 números, 4 rs.

Núm. 775.

DOMINGO 24 DE MAYO DE 1868.

## REVISTA DE LA SEMANA.

El que por expiacion de sus pecados ó por una injusta ley del destino soporta en este valle de lágrimas la pesada carga de escribir cada semana una revista de los acontecimientos que pasan ó dejan de pasar en esta villa, es una de las victimas mas dignas de compasion que registra el martirologio literario. Triste es la suerte del esclavo de la noticia, del que consagra todas las horas de su existencia á la recoleccion mas ó menos fácil de mentiras creibles y de verdades inverosímiles; pero la suerte del que vive atado á un folletín es mucho mas dolorosa. Las noticias ofrecen mil alternativas y están sujetas á un sinnúmero de eventualidades. Las engendran en ilícito consorcio la murmuracion y la oficiosidad, la buena fé y la petulancia, el afan de novedades y la curiosidad, siempre vigilante. Con tales elementos, el noticiero visita todos los círculos y encuentra siempre gran cosecha. Su trabajo se reduce á una sarta de apuntes y á una fácil clasificacion: unos dias el acopio es abundante, otros escaso; pero nuestro cosechero lleva cuotidianamente á su amo materiales suficientes para suplir lo que falta, y la tarea se reduce á ampliar un poco la parte imaginativa del periódico, á dar mas vuelo á esa fantasía creadora, que alimenta las páginas de *La Correspondencia*.

La noticia es un juego; pero el folletín es una tiranía de las mas horribles. Esclavo de una semana, vive sujeto á todos los caprichos de su ama. Espia todos sus actos, sorprende todos sus secretos, lee en sus ojos, adivina é induce. Tiene que ser lo que ella es, aunque es despues de ella. La representa, la refleja y la solemniza; porque es el testamento escrito de aquellos siete dias que pasaron, el acta pública de los hechos que la dieron vida y carácter en la série del tiempo. Pues bien: cuando la semana es fecunda, el folletín es fácil y espontáneo, cuando la semana es estéril, el folletín es dificultoso y árido.

Añádase á esto la reducida esfera en que el miserable mortal que vive atado á un folletín puede manifestarse, y se comprenderá la dureza de semejante martirio. No puede ocuparse de asuntos serios por que, segun el alto criterio moderno, los asuntos serios no pueden ser sustentados por las débiles columnas de un folletín; no puede tratar en broma ciertos asuntos cómicos, porque la suspicacia pública se lo impide; tiene que respetar trescientas mil susceptibilidades, y guardar silencio en lo relativo á las personas. No le restan mas que algunos hechos triviales y sin importancia, los desperdicios de la opinion, los despojos marchitos de la vida pública, desechados por los escritores políticos, por los noticieros de relumbron, por los comentadores al aire libre. Dentro del folletín no cabe hoy sino aquello que á nadie interesa y de que nadie se preocupa, frívolos sucesos de la vida íntima, elogios trasnochados de algun antiguo poeta, inocente murmuracion sobre asuntos literarios ó artísticos, comentarios ligeros sobre algun actor petulante ó algun poeta neo. Están á nuestra disposicion los relatos humorísticos de los chocolates *dansants* celebrados en casa de alguna literata, las disertaciones cómicas sobre la primera entrega de un novelon de Es-crich, la descripcion festiva de alguno de esos tipos originales que constituyen la rica galería zoológica de nuestra sociedad, y el traslado fiel de alguna conversacion picaresca verificada en la espesa atmósfera

de un café cantante, ó en el clásico de la Puerta del Sol.

\* \*

Conociendo los ingredientes constitutivos de un folletín, ya comprendereis cuán estéril y miserable sera el presente, hijo *seco y avellanado* de la mas pobre y flaca semana que han visto los siglos pasados ni esperan ver los venideros.

Leo lleno de ansiedad *La Correspondencia* y no encuentro en ella el ordinario elogio prodigado á la tertulia literaria de la apreciable literata doña Fulana de Tal: no habla tampoco del teatro casero en que lucen su habilidad declamatoria las hijas del baron de la *Zanahoria*, ni los sobrinos de la condesa del *Espárrago*: no habla de los *receptáculos* (sic) de la amable señora de... etc., etc., ni dice una palabra del *prodigo anfitrión*, ni de la *amable señora de la casa* (dama en conserva que percibe el usufructo de un teniente de caballería ó de algun otro inmueble poco lucrativo), ni del prodigioso tocar de piano de la *encantadora Elisita*, ni del arpa sentimental del poeta erótico de todos los salones, don... etc., etc., ni del ária cantada con acompañamiento de cornetín, por la *inolvidable señorita* doña... etc., etc. (agostada flor de los invernáculos matritenses), ni del *baile voluptuoso*, ni de los *acordes de Strauss*, ni del *vértigo del wals*, ni de los *incandescentes rostros*, ni de las *miradas vertiginosas*, ni de ninguno de los elementos poéticos que constituyen esas tertulias de confianza, donde el cronista de *La Correspondencia* encuentra treinta líneas de imprenta y algun chocolate con bollo, ó barquillo relleno.

\* \*

Tampoco encuentro en *La Correspondencia* la variacion interesante y patética de algun siniestro ocurrido en la lobrete de una mina, ó en la estension de los mares. El diario callejero tiene, como todo el mundo sabe, una habilidad especial para hacer la triste historia de todos los incendios, naufragios, explosiones y terremotos que afligen á la humanidad en las cinco partes del mundo. Pero donde raya á una gran altura el númen descriptivo de ese periódico es en las breves historias de los últimos momentos de todos los infelices que van al patíbulo. Entonces se elevan los confeccionadores noticieros á la inconmensurable altura de un realismo analítico, que el mismo Edgardo Poe no igualaría.

Pero esta semana parece que ha caído sobre *La Correspondencia* una maldicion tan grande y pesada como la casa que está construyendo su dueño en la Carrera de San Gerónimo. La inspirada musa del siniestro y del patíbulo no ha dado á sus redactores la mas pequeña luz. Faltando este simple indispensable y las tertulias de confianza, que templan y dan sabor á aquel extraño condimento literario, ¿qué le resta á *La Correspondencia*? Decir quién va y quién viene, dar cuenta de lo que quieren hacer los que no hacen nada, y de lo que se piensa que harán los que jamás pensaron hacer cosa ninguna. Es el eco confuso de todas las suposiciones, de todas las esperanzas y de todos los proyectos.

Ante semejante desolacion, ¿dónde encontrará el folletín materiales para constituirse?

\* \*

Pero al desdichado mortal que vive atado á un folletín le queda todavía un recurso.

Puede profanar la discreta pluma del *Curioso Parlante*, buscar en una calle ó en un paseo esos elemen-

tos cómico-sociales que no se agotan nunca, porque se reproducen y se engendran sucesivamente formando esa gran série antropológica matritense, de tipos perdidos y hallados que son adorno y emblema de nuestra sociedad. Para esto es preciso esperar á que un domingo ó un dia de la Ascension eche á la calle á todos los individuos de la gran familia moderna, bastante alborozados para no quedarse en casa en las hermosas tardes de primavera. Si vais al Retiro y tomáis asiento junto al estanque, en la playa meridional de aquel mar proceloso, vuestra observacion, que sin duda es grande y perspícua, admirará al paso el singular continente de aquellas parejas domingueras que van allí, con objeto de hacer un viaje de circunnavegacion, ó simplemente con el noble fin de pasear por las calles de árboles hasta dar en la casa de fieras, donde encuentran amigos y hasta parientes.

Vereis á dos individuos complementarios de un matrimonio, dos seres, que son dos venerables documentos para la historia del arte culinario, cocinero y cocinera de casa rica. Tal vez os llame la atencion la juvenil caravana, compuesta de media docena de jóvenes de ambos sexos, que se internan en las asperzas de un laberinto sin mas guía que su misma travesura, ni mas norte que la vehemencia propia de los pocos años. No sé si os fijareis en los enormes apéndices condales de algunas damas, que no vencidas aun por la moda de los toneletes, exhiben las trágicas faldas de ayer.

Y como sepla un viento impertinente y poco discreto, acontece con frecuencia que se infla todo el velamen de crinolina y seda, con inminente peligro de sacar á la luz pública las piernas empantalonadas de las damas. Es probable que la estrambótica configuracion de los sombreros os llame la atencion, principalmente si dejais los jardines del rey poeta y bajais al Prado. Allí admirareis el lujo de los cocheros, que ahora han dado en la flor de llevar una en el ojal del redingote napoleónico que visten; os sorprenderán los abigarrados colores que usan las damas en sus vestidos. Veis una vestida de rojo, en un coche amarillo, tirado por dos caballos negros, y advertireis que estas tres porciones del equipaje, dama, coche y caballos, forman un conjunto tan pomposo, eminente y avasallador, que no parece sino que la misma Rusia se está paseando allí. Entre la baraunda de carretelas, victorias, faetones, landós y demas especies de la gran familia cocheril, vereis algun simon filosófico que sirve de vehiculo á algun soñador, que va á alimentar sus ilusiones en aquella feria permanente de la vanidad, de la elegancia, de la riqueza verdadera y el crédito desacreditado. La contemplacion de estas cosas y de otras que se hallarian en los paseos y en las calles cercanas, os servirán de pretexto para alguna disertacion filosófico-moral, al uso de los pesimistas del dia.

Vedlo que puede alimentarse la revista cuando *La Correspondencia* no viene en su ayuda; pero esta que hoy escribo ha nacido tan débil, se ha desarrollado tan enteca y miserable, que aunque quisiera yo nutrirla con tan excelentes sustancias, no conseguiria ponerla mas gorda que un alambre. Ya está mas cerca del sepulcro que de la cuna, y toda alimentacion es inútil para ella: ya toca al remate y término preciso de todas las cosas y muere cuando tenia con qué vivir. Este artículo es, sin pensarlo, un ejemplo de las vidas del mundo, que en el momento de ballar lo que durante mucho tiempo han buscado, tropiezan de improviso con su repentino fin y acabamiento.

B. PEREZ GALDÓS.

TEATROS.

TEATRO DE «LA NACION.»

LA FIEBRE DEL DIA, comedia de costumbres, en tres actos y en prosa.

ACTO I.

Mendoza, opulento banquero de esta corte, se halla en su despacho sentado junto á un escritorio.

Mendoza.—Concluyamos esta cuenta para ir enseguida al bolsin, y de allí á casa de Garcia. ¡Oh! la Bolsa, la Bolsa. (Sigue una larga apologia del dinero y de los negocios; variaciones sobre el tema obligado del hombre rico: filosofa al uso de las trampas y la desvergüenza.) Conque 4 y 2, 8 y 3 11; eso es, 11 552. Está perfectamente. Me voy á afeitarse y á cortarme este callo del pie derecho, que no me deja en paz. Parece que hace frio; me pondré debajo del chaleco mi piel de conejo. Ea, no perdamos tiempo.

Entra un criado y anuncia al señor vizconde del Alamo. A poco se presenta este caballero. Cara de traidor, apostura de Lovelace, traje aristocrático, aire de bribon á cien leguas; un lord injerto en José María. Despues de los cumplimientos de costumbre entre dos personas que no se conocen, el vizconde entra en materia y propone al banquero, gracias á una prodigiosa gimnasia de circunloquios, que preste su firma y su nombre para cierto negocio equivoco, sobre el cual da estensos detalles. Mendoza se indigna y hay lo de siempre.

Mendoza (levantándose).—¡Caballero!...—El vizconde (encogiéndose de hombros).—Usted perdone si me engañé. Creí poder confiar á usted...—Mendoza.—¡Oh! En cuanto á eso...

Enseguida el vizconde prueba al banquero que el crimen, si lo es, permanecerá oculto para todos, por lo cual se salva la reputacion y no hay mas que pedir. Mendoza recapacita un instante, y por fin dice que lo pensará.

El vizconde (despidiéndose).—Reconózcame usted por su servidor, Juan Velez Lara de Santa María, Madrid, calle de Leon, 40, triplicado, escalera de la izquierda, principal derecha.—Mendoza.—Esta casa es muy suya y en ella tiene un servidor y un amigo para cuanto gusto mandar.

Enseguida Mendoza se retira para arreglarse y salir á sus negocios. Al momento aparecen Ana, esposa del banquero, y sus dos hijas Sofía y Amalia, seguidas de sus respectivos adoradores, Cienfuegos, literato y periodista sin vergüenza, y Guzman, noble arruinado. Hablan de los sombreros de moda, de la manera de hacer *crochet* y *frivolité*, de los amigos que han visto en la calle, del tiempo, de las enfermedades de la estacion, y en fin, de todo lo que no interesa al espectador. Despues de aquel delicioso boceto de diálogo de salon, presentado *al natural*, las niñas y la mamá se retiran á las habitaciones interiores y los novios se van al Suizo, no sin decir antes las dos ó tres frasecitas cónicas que son de rigor.

Y sale Rosa, doncella de labor, que cuenta al público con todos sus pelos y señales la vida que hace en aquella casa desde que se levanta hasta que se acuesta, y cómo sisa, y de qué y en qué cantidad, y cómo entiende en los enredos del señor y de las señoras, y qué salario la dan y en qué le emplea, y dónde ha nacido y en qué parroquia la bautizaron, y cuáles son sus proyectos para el porvenir, etc., etc.

Tan interesante monólogo es interrumpido por la llegada del señorito Luis, hijo de Mendoza, joven calavera, que viene desesperado porque ha perdido en el juego, y que para consolarse, sin duda, da un abrazo por via de saludo á Rosita.

Rosa (rechazándole).—¡Eh! basta de juegos, y como dijo el otro: manos quedas.—Luis.—No hagas caso; déjate querer: toma y contesta (le da una propina de comedia).—Rosa.—¡Cuatro duros! Eso es otra cosa. ¿Qué queria el señorito? Me tiene á su disposicion.—Luis.—

¿Ha venido papá?—Rosa.—Creo que no.—Luis.—Pues vete allá dentro, y procura que no entren mamá ni mis hermanas; tengo que hablar solo con mi padre.—Rosa.—¿Alguna picardia, verdad? porque como dice el refran; te conozco...—Luis.—Calla: aqui viene papá por casualidad: heme enfrente del tirano doméstico; déjanos solos.

Mendoza entra distraido: Luis le saluda apenas, se tiende en una butaca, comienza por hablar de política y concluye por pedirle 10.000 rs. Mendoza se pone muy serio. Luis lanza una carcajada.

Mendoza.—Estoy cansado de pagar sus vicios, caballero. Ya dije á usted el otro dia que satisfacía sus deudas por la última vez.—Luis.—Eso no puede ser: porque entonces, ¿para qué son los padres?—Mendoza.—¿Cómo se entiende?

Luis, jugando con el baston, espone al banquero una nueva doctrina, en la que se prueba que los padres son una vieja preocupacion que hay que respetar, porque nos da dinero. El que no cumple con este sagrado y único deber es un cualquiera, digno del mayor desprecio.

Mendoza.—Usted es un miserable; retirese de mi presencia.—Luis.—¿Qué tono tan melodramático! ¡jál! ¡jál!—Mendoza.—Fuera de mi casa para siempre.—Luis (cogiendo el sombrero).—Me iré, y buen provecho. Fíese usted de los papás. ¡Si ya lo tengo dicho! Los padres solo son buenos cuando son ricos y se mueren pronto.

Mendoza (solo, cayendo en un sillón).—¿Qué día, justo cielo! ¡Mi hijo me abandona hoy, y mañana quizá estará arruinado! ¡Arruinado! ¡oh! ¡oh! ¡oh!

CAE EL TELON.

ACTO II.

La misma decoracion.—Mendoza con Pepito, su hijo menor, de nueve años de edad.

Mendoza.—Vamos, hijo mio, la leccion de hoy, ¿dónde es? Aqui. Página 28. ¿Quiénes eran los hebreos?

El niño recita una página de la Historia sagrada de Fleuri. Luego da sus lecciones de historia, de geografia y de francés.

Mendoza.—Basta por hoy: vote á jugar.—Pepito.—Juega un poco conmigo.—Mendoza.—¿A qué?—Pepito.—Al escondite.

El papá se pone á correr, seguido de su hijo, por el escenario, hasta que se presenta su esposa, que manda retirarse al niño, y dice á Mendoza que tiene que hablarle. Emprenden enseguida una larga conversacion sobre los gastos de la casa. Ana le pide dinero para comprar ocho trajes nuevos para cada una de sus hijas y diez para ella. Mendoza la llama pródiga y derrochadora, y ella le acusa de tacaño. El contesta que está casi arruinado, y ella declara que eso es imposible. Nublado conyugal de quince minutos, que descarga sobre el público. Al fin, Mendoza consiente en todo, y su esposa le hace cuatro caricias y se retira satisfecha. El banquero esclama entonces decidido:

—No hay mas remedio. Acepto la proposicion del vizconde.

Y se marcha para que quede solo el escenario y puedan presentarse los dos amantes de las niñas, que se comunican sus temores sobre la crisis metálica de aquella casa, y deciden de comun acuerdo preparar una hábil retirada.

—Si: esclaman á un tiempo, nosotros amábamos la dote: si esta no existe, ¿qué hacemos aqui?

Y dejando á los espectadores haciéndose cruces de tamaña inmoralidad, se van otra vez al Suizo, de donde habian venido.

Aparece al punto Ana, y se encuentra con la visita de un honrado y franco Doctor, antiguo amigo de su marido, que acaba de llegar á Madrid, el cual en dos ó tres sermones que la endosa sin que ella lo solicite ni mucho menos, truena contra los criados, las libreas, las comidas suntuosas, el fausto, etc., etc.,

elogia en todos los tonos la sobriedad, y enseguida, satisfecho de aquel diluvio de claridades, se retira á buscar á su buen amigo Mendoza para darle un abrazo.

Entra luego el vizconde del Alamo, que esclama: El Vizconde.—¡Está sola! ¡felicidad!

Y saludando á la señora de Mendoza, se presenta como un amigo de este y admirador de las gracias de su esposa; y como quien no dice nada, en un instante la improvisa una declaracion en toda regla.

Luis, que ha vuelto, á despedirse sin duda de su madre, al verla con aquel desconocido, se detiene y se esconde en un gabinete á la derecha, desde el cual lo oye todo.

Ana (ofendida).—Caballero, esa es la puerta.—El Vizconde.—Señora, dignese usted escucharme un instante.—Ana.—Imposible. ¿No oye usted que una dama honrada le manda que se retire? (Ruido de toses.) Pero, ¡cielos! mi esposo. Si le ve á usted sospechará... ¿Qué hacer? Escóndase usted aqui. (Le introduce en un gabinete á la izquierda, y ella se oculta en otro á la derecha, contiguo á la habitacion en que se encuentra su hijo.)

Salen el Doctor y Mendoza. Este suplica á su amigo que le refiera su vida desde que no se han visto, y el Doctor le cuenta con sencilla modestia una larga historia de honradez, sacrificios y heroismo. Aquel hombre por lo visto es un arcángel con gaban de faldones incommensurables. Despues Mendoza le refiere sus apuros, le manifiesta la proposicion del Vizconde, y su buen amigo le propina un largo discurso que trasciende á adormideras y sabá á opio, en el cual encaja como seis docenas de veces completas las palabras *deber*, *moral*, *conciencia*, *honor*, *virtud* y otras por el estilo, hasta que la pobre victima no puede resistir mas y declara que va á ser honrada aunque viva y muera en la miseria. En tan solemne momento, los dos amigos se abrazan con místico arrobamiento. Y aprovechándose de aquel azucarado éxtasis moral, el Vizconde, que continuaba escondido, sale poquito á poco y toma la puerta sin que le vean; Luis sale detrás en busca del atrevido seductor: la madre saca la cabeza del escondite, ve á su hijo, conoce su intencion, lanza un grito y cae desmayada. Mendoza se vuelve; ve dos hombres que desaparecen y á su esposa en el suelo y....

CAE EL TELON.

ACTO III.

Habitacion modesta, donde vive Mendoza con su familia. Han pasado cuatro meses. El banquero se ha arruinado; los novios de las niñas las han vuelto la espalda. Una de ellas, tísica en tercer grado, agoniza en su lecho de dolor en el fondo del escenario; de vez en cuando se oyen su angustioso ronquido y su tos seca y convulsiva. La otra, sentada al lado de la doncella y cerca de un enorme canasto de ropa, zurce una camisa é interrumpe solo su triste silencio para consultar á Rosa acerca de la difícil teoria de la puntada en todas sus múltiples manifestaciones.

Por el foro entra Mendoza, soplando en una taza de tila, que hace tomar á lentos sorbos á su cadavérica hija. La niña, apesar de su estado, pronuncia largas y planideras disertaciones para decir que se muere.

Llega el doctor, ángel de redencion de aquella casa; pulsa á la enferma, examina su lengua, la da golpecitos en el pecho, y luego dice adelantándose al escenario:

—Está mejor.

Preséntase Ana, la arrepentida esposa de Mendoza, con un traje de percal gris, un interminable delantal, pañuelo en la despeinada cabeza y un plumero en la mano. El doctor la mira con satisfaccion.

Ana.—Este será siempre mi traje de gala.—Doctor.—Admirable; así me parece usted un ángel.—Ana.—¿Y mi hija?—Doctor.—Se pondrá buena enseguida; que vayan á buscar lo que dice esta receta, en la botica de la

esquina; r cipe de... etc., etc.—Ana.— Qu  oigo?  Ser  cierto, Dios mío?

Luego toma la cuenta   la criada del gasto del día anterior. Entretanto el Doctor, que tiene sus puntas de gracioso, entretiene agradablemente   toda la familia con sus ocurrencias, y despues la hace pasar de la risa al llanto con la mayor facilidad. Para todos, hasta para la doncella, tiene profundas ocurrencias. De su boca solo salen frases célebres, y todos le bendicen   porfía. Pinta el delicioso cuadro de una familia que come patatas guisadas, con las manos en una tosca cazuela,   la sombra de un derribo, y su alma se estasia con tan poético espectáculo.

Terminado este encantador idilio, Mendoza refiere   su amigo su triste situacion, para la que este encuentra consuelos   centenaes. Pero el ex-banquero le dice que debe 30.000 rs. y que no puede pagarlos, y aquí de los apuros. El Doctor, que gasta todo su capital en obras de caridad, no tiene por entonces tanto dinero disponible.  Qu  hacer? Mendoza se desespera.

Doctor.—Pensemos.—Mendoza.—Todo es inútil. La negra mancha del deshonor vendrá   caer sobre mis canas; el mundo injusto... etc., etc.  Qu  situacion!  Qui n me dar  ese dinero?

Luis (apareciendo por el foro).—Yo, padre mío.—Mendoza (con severidad).— C mo se atreve usted, caballero?...—Luis (acercándose y cayendo de rodillas).—Perdóname: he sido un loco, un criminal: lo reconozco, y estoy arrepentido. Ayer casualmente, un amigo   quien hace mucho tiempo prest  dos mil duros, me los ha devuelto; s  que los necesitas y vengo   ponerlos   tus pies.—Mendoza (conmovido).— Hijo mío!—Luis.— Padre del alma! (Se abrazan.)

Toda la familia se coloca alrededor de los dos. El Doctor examina otra vez   la enferma, y hace un gesto de satisfaccion. Despues se pone detrás de aquel amoroso grupo, formado en el centro del teatro, y esclama alargando un brazo como si le bendijera:

Doctor.—Sed felices: vivid del sudor de vuestra frente con honradez. Comed pan de centeno y sopas de ajo, dormid sobre una estera, bebed en un cántaro roto, y amaos mucho, muchisimo. Haga el cielo que jamás vuelva   abrasar la sangre de vuestras venas. *La fiebre del día.*

FIN.

\* \* \*

Funcion para el domingo próximo: *La rosa negra*, comedia de m gia en tres actos, exornada con todo el aparato que su argumento requiere.

EMILIEO.

## DON JOSÉ Y LA PATTI.

El atildado y pulcro revistero de *La Constancia*, el filósofo Selgas, en su «Revista de Madrid»   lo que con este título publica semanalmente en el diario neo, se ocupa de hacer la descripcion de su vida de niño, vida que por lo inocente y simplota podría figurar en alcuylas, al lado de las que se espenden por ahí   dos cuartos el pliego.

Por la espontánea declaracion del autor, sabemos que nació en alguna parte—como   todo el mundo le ha pasado—que jugó en la plaza, que cogió pájaros en la huerta, que hizo rabiar   los vecinos y que se entretuvo, como todos, dice, en perseguir   los perros y   los gatos. Ociosidades son estas que no se parecen gran cosa   las de Séneca, por ejemplo, y acudo   comparacion tan alta, porque no merece menos un filósofo como el Sr. Selgas.

Pero, permitame D. José que me atreva   decirle que habria sido mas digno de un hombre como él, emplear mas útilmente el tiempo que dedicaba   las persecuciones perrunas y   mortificar   los gatos. Con que se hubiera entretenido en hacer algunas revistas, de las que hoy nos regala, que ya en su niñez las habria podido hacer iguales, todos habriamos salido ventajosos. Sus lectores y nosotros por el placer de saborearlas, y aque-

llos pobres animales, porque les habria dejado en paz y tranquilidad.

Todos estos detalles infantiles de la vida de D. José, vienen   los trae él apropósito,  de qué dirán ustedes? Pues nada menos que del casamiento de la Patti.

 Adelina Patti, dice, se ha casado definitivamente; pero el hecho es que su casamiento no es todavía una cosa definitiva. 

Y aquí de la alta ciencia del académico. Pero antes de seguir adelante, oig mosle en los siguientes párrafos:

 No es natural que de los números que entran en el juego de la lotería salga uno cualquiera?  Y qué gran sorpresa no nos causa si alguna vez el billete que llevamos en el bolsillo nos dice: yo soy el número premiado? 

Así creo yo que puede explicarse la sorpresa que el mundo esperim nto al saber que Napoleon habia muerto y el estra o asombro que ha causado en el gran mundo la noticia de que la Patti pensaba casarse. 

Esto pertenece   lo mas sublime del género en que D. José ha llegado   hacerse una notabilidad.

En efecto, sacar el premio grande es una sorpresa (sorpresa que, dicho sea de paso, quisiera yo esperim ntar en mi bolsillo); pues bien, sorpresa fué asimismo la muerte de Napoleon y sorpresa el casamiento de la célebre prima donna.

Ahora veamos lo que se le ocurre   D. José respecto del matrimonio civil de la Patti.

 La Patti, pues, no ha hecho mas que empezar   casarse. Tiene ya un marido, al cual no le pertenece del todo. 

Tiene un pie en la escena y otro pie en su casa: el público la tiene asida de una mano, y de la otra la tiene asida el que ha empezado   ser su marido.

Se puede decir que todavía no ha salido de la casa paterna del público.

No ha hecho mas que contratarse con el marqué de Caux, para ser su mujer el día en que haya cumplido los contratos que tiene pendientes.

Hasta ahora no ha hecho con su marido mas que lo que hubiera podido hacer con cualquiera empresa de cualquier teatro. 

Esta observacion se trasluce por lo fina y delicada.

Pero continúen ustedes, que ahora llega lo bueno:

 Ahora solo falta que al marqué de Caux se le ocurra romper el contrato antes que se celebre la ceremonia religiosa, y entonces  oh felicidad! tendremos   la Patti completamente libre. 

Entre tanto nos queda el consuelo de esta duda:  es verdaderamente la mujer de su marido mientras el contrato no pase del matrimonio civil? 

De todos modos, las empresas de los teatros pueden disputarle al marqué de Caux la posesion de la Patti, y puede llegar el caso de que alguna empresa, celosa de sus intereses, le niegue   la Patti el derecho de tener hijos mientras no termine sus contratos. 

Y nosotros le negariamos   D. José el derecho de hacer el hombre de *esprit*   costa del buen gusto y de otra porcion de consideraciones que omitimos.

## ENTRE CIELO Y TIERRA,

por Henry Murger.

(Conclusion.)

Precisamente esto habia sucedido   Eduardo. El poeta en la soledad de su estancia componia por la millonésima vez la antigua historia del jóven pobre y desconocido enamorado de la ilustre señora, eterna historia que no ha tenido principio jamás ni tendrá fin,   no ser que llegemos   esa igualdad de posiciones, soñada por la escuela humanitaria.

Eduardo habia encontrado de esta manera un s r, al que revestia de nubes y coronaba de estrellas; un idolo que colocaba fácilmente en el altar que habia edificado; criatura maleable que se sometia con docilidad   sus caprichos de amante y   sus ilusiones de poeta; en fin, una querida modelo, que se presentaba siempre en cuanto aparecia el primer deseo, fiel hasta la exageracion, y que ni un solo instante arrancaba   su adorador de los Olimpos de la imaginacion, para hacerle bajar brutalmente al mundo de la realidad con una p ticion de sombrero de moda   botitos nuevos.

Amor encantador, poético, económico y platónico; amor al que no sabria acostumbrarse, de seguro, esas encantadoras criaturas que se asfixian si se quiere elevarlas un poco en el éter poético, para las cuales la economía es una virtud que se tiene cuando no hay otro re-

medio, y el platonismo un sustantivo salvaje, del que se ríen con toda su alma al mismo tiempo que saborean mientras les quedan dientes y paladar, los frutos que produce el árbol del Génesis.

Desde el día de su encuentro con este s r imaginario se habia resuelto Eduardo   llevar la vida de stilita. No dejaba para nada su escarpa lo paraiso, convertido para él en alcázar del ideal. No estaba unido   la vida real mas que por un hilo, es decir, por una cuerda que con ayuda de una polea bajaba todas las mañanas desde su ventana   la acera de la calle, y volvia   subir con las provisiones para el día, que le proporcionaba su portero.

A fin de no verse distraido desagradablemente con las visitas de dos   tres amigos valerosos, que de tarde en tarde subian hasta su empirco para darle un apretón de manos, tenia   todas las horas enarbolado en su ventana un gran pañuelo blanco, que era la señal convenida con los habitantes de la tierra para indicar su ausencia.

Eduardo se encontraba   las mil maravillas con esta vida solitaria. Era perezoso como un lazzaroni, y la actividad fisica le horrorizaba; la inmovilidad le parecia el único bien apetecible sobre la tierra. Creia en la metemscosis, y queria pasar la vida haciendo sonetos, con la esperanza de que despues de su muerte, Dios, para recompensarle, le cambiaria en línea horizontal.

Pasaba, pues, los días tendido en la cama, buscando en su diccionario de consonantes las mas sorprendentes joyas poéticas, para arrojarlas   los pies de su idolo en los momentos en que le llamaba   su lado, abriendo de par en par las puertas de la imaginacion.

Esta divinidad fantástica, n cia la cual sentia un verdadero amor, se le aparecia, como ya he dicho, bajo la forma de una distinguida dama. Y con tanto repetirse la novela de sus amores, habia llegado   creerla ciegamente una realidad.

Una noche, durante el Carnaval, Eduardo, hundido en su sillón, se figuraba que tenia una cita con su fabulosa condesa; y mientras esperaba que llegase la hora, soñaba en las misteriosas voluptuosidades que le esperaban en el baile de la Opera, donde debia reunirse con su idolo. Tres golpes dados   la puerta le arrascaron de su alucinacion. Fu    abrir.

Era uno de sus amigos, que habiendo visto luz en la ventana de Eduardo, habia logrado quebrantar la consigna del portero.

Sin decir una palabra, el amigo sacó de su bolsillo dos botellas, y despues de haberlas destapado las puso delante de Eduardo: este percibió el aroma de un vino delicioso.

—Jerez y Oporto, le dijo su amigo llenando dos vasos con el divino licor; vamos   beber charlando de literatura y de mujeres bonitas; pero ante todo, tienes que decirme qué ha sido de t  en estos tres últimos meses, por qué no te se ha visto por ninguna parte.

Eduardo habia abandonado su sueño por diez minutos; pero tres vasos de Jerez le hicieron volver   él precipitadamente y con mas insistencia que nunca.

—Querido Raimundo, contest    su amigo, soy amante de una señora de la aristocracia.

Y contó sus fantásticas aventuras con tal acento de sinceridad y con tan numerosos detalles, que Raimundo se dejó convencer y salió   las dos de la madrugada, para dejar   su amigo en libertad de ir   buscar   la ópera   su condesa.

Al bajar la escalera, Raimundo encontró una jóven de domini  negro. Supuso que era la amada de Eduardo, que impaciente con su tardanza, iba   buscarle.

—Señora, dijo al pasar al lado del domini , mi amigo Eduardo no tiene la culpa. Yo he sido la causa de su falta de puntualidad y la ruego que me dispense.

Dentro de aquel domini  se escondia Rosa. La florista volvia desesperada del baile de la Opera, donde habia visto los rubios bigotes de su amante   punto de besar la barba de un domini  blanco. Rosa habia pedido explicaciones   Leon (no s  si os he dicho ya que este apreciable jóven se llamaba asi), y Leon la habia explicado el caso, dici ndola con toda frescura que estaba muy enamorado de la niña del domini  blanco.

— Y yo? pregunt  Rosa.

—Paciencia, hija mía; no puedo remediarlo, la contest  el jóven.

—Veremos si tiene la osadía de traer otra mujer   su casa estando yo, murmuró entre dientes Rosa, llena de rabia.

Pero al llegar al hotel de Sens, y al pedir al portero la llave de la habitacion de Leon, supo que este, contra su costumbre, se la habia llevado al baile.

—Bien, pens  Rosa; se ha olvidado de mí; le esperar  en el descanso de la escalera.

Apenas habia pasado Rosa dos minutos parada   la puerta de Leon, cuando baj  Raimundo y entre ambos tuvo lugar la escena que acabo de referir.

— Eduardo! Se dijo la jóven despues de saludar al que la acababa de decir aquellas frases incomprensibles.  Eduardo!  Ah! Será mi antiguo amante. No me acordaba ya de que éramos vecinos. Parece providencial este acontecimiento.  Eal! Vamos: ya s  lo que debo hacer.

Y apresuradamente subió   la habitacion del poeta, empuj  la puerta que se hallaba entornada, y sin ser oida llegó hasta el sillón en que se encontraba Eduardo. Este, puesto de codos en la mesa y con la frente hundida en las palmas de las manos,   la luz de una moribunda bujía, soñaba que se veia en la ópera con su condesa.

Rosa quedó muy sorprendida al advertir que su presencia no extrañaba lo mas mínimo á Eduardo, que la miraba amorosamente sin decir una palabra, como si estuviera dormido con los ojos abiertos.

—¿Me habrá estado esperando estos tres meses que he tardado en llegar? pensó Rosa, mientras el joven cubria sus manos de apasionados besos.

En esto se oyó un fuerte alabonazo dado á la puerta de la calle. Era, sin duda, Leon, que llegaba con su dominó blanco del brazo.

—Sonó la hora de la venganza, murmuró Rosa en tono profético.

Y apagó de un soplo la bujia.

## SALA DE VARIOS.

Hemos podido coger al vuelo las siguientes preguntas y contestaciones:

En casa de un cura párroco:

*Un hombre.*—¿Está el señor cura?

*El criado.*—No señor. ¿Quería usted algo?

*El hombre.*—Si señor. Quería darle un recado.

*El criado.*—Pero, ¿es cosa grave? ¿Es para administrar algun Sacramento?

*El hombre.*—No señor: es para un bautizo.

En una escribanía:

*Un interesado.*—¿Está el señor secretario?

*Un escribientillo algo listo.*—El escribano, dirá usted.

*Interesado.*—Escribano ó secretario, lo mismo da.

*El escribiente.*—Pues, no señor, no está. Si quiere usted algo, ahí tiene usted al oficial mayor (señalando).

*El oficial mayor (levantando la cabeza).*—Usted dirá.

*Interesado.*—Pues, yo quería ver al señor escribano, para que me tirara un cacho de documento de un poco de casa que tengo en el pueblo.

*El oficial mayor.*—Bien, diga usted lo que quiere, se tomará la oportuna nota y se estenderá el documento que proceda.

*Interesado.*—Pues verá usted. Yo me casé con mi mujer allá en el pueblo, y despues, se murió el padre de mi mujer. Luego me escribieron que el secretario cuando se murió, dicen que entró en la casa del suegro, y que con el alcalde, hicieron las partijas; y como nosotros no estábamos delante, y mi mujer no lo entiende ni yo tampoco, ahora dicen que las han pasao al juzgado y que nos ha tocao un poco de casa en que vivia, y que hace falta una persona que lo ande.

*El oficial mayor.*—Bien, lo que usted quiere segun eso es dar un poder á una persona de su confianza para que le represente en el juzgado.

*Interesado.*—No señor, lo que quiero es un cacho de documento para que anden las partijas de mi suegro.

\* \*

Hemos visto en una causa un oficio de un alcalde, dirigido al juez del partido, que principia así: «Tengo e placer de pasar á V. S. Con la adjunta nabaja, el azunto parte...»

\* \*

Entre los anuncios que han publicado diferentes periódicos de pérdidas de prendas de ropa y alhajas, en el baile que ha tenido lugar en el palacio real hace poco, uno de los mas curiosos es el siguiente que publica *La Correspondencia*:

«Una señora que asistió al baile de palacio perdió un ganchito con tres brillantes que formaba parte de una pulsera, y se encontró una cruz de caballero de la orden de Cristo de Portugal. En esta redaccion darán razon de la pérdida y el hallazgo.»

\* \*

En una reunion:

*Una mamá.*—Tengo un disgusto muy grande, señores; mi Carolina ha perdido la voz.

*Un pollo.*—¿Cómo, señora?

*La mamá.*—Segun D. Camilo, el medico, debe haber sido la otra noche que estuvimos en el paseo de Recoletos.

*El pollo.*—¿Y no la ha puesto usted en el *Diario de Arisot*?

\* \*

Ha sido agraciado por S. M. la reina con la encomienda de la real y distinguida orden de Carlos III don Manuel Paulino Ferdido.

Asi lo dice *La Correspondencia*.

Este señor, a quien no conocemos, y que podria ser una persona dignisima, tiene, sin embargo, un apellido que le recomienda poco.

\* \*

¡Noticia! ¡Noticia! Ya pareció aquello. Ya sabemos quién ese misterioso Monsieur Lecoq, cuyo nombre ha aparecido triplicado en todos los periódicos y sitios públicos de Paris. El estupendo problema que torturaba la mente de los parisienses se ha resuelto al fin, dejándoles con un palmo de boca abierta.

*La France* ha publicado en uno de sus números el siguiente anuncio:

Ahora que todo el mundo conoce de oidas á

MONSIEUR LECOQ,

ahora que todos desean saber quién es

MONSIEUR LECOQ,

vamos á descubrir á

MONSIEUR LECOQ.

Sepan ustedes, señores, que

MONSIEUR LECOQ

es una novela de Emilio Gaboriau, que va á publicar

LE PETIT JOURNAL.

Conque un poco de paciencia, y verán ustedes á

MONSIEUR LECOQ,

por Emilio Gaboriau, en

LE PETIT JOURNAL.

¿Qué les parece á ustedes esta nueva manera de anunciar las obras literarias?

Si despues de esto, no leen los parisienses á *Monsieur Lecoq*, no será por culpa del editor ni del autor.

\* \*

Un revistero de toros hace el otro dia en *El Español* una confesion, que por lo menos tiene la virtud de la franqueza.

Dice asi:

«Yo bien comprendo que una gran parte del público que asistió el domingo, hubiera querido que los toros no dejaran de los caballos, ni los rabos, y que á los diestros les condujeran á sus nogares en camillas.»

¿Conque una gran parte del público hubiera querido todo esto?

Ahora, atrévanse ustedes á ir á los toros.

\* \*

El tio Cándido censura en una de sus últimas revistas al torero Carmona, porque no sabe matar toros á lo *Guillermo Tell*.

Ni el mismo Gessler fué tan cruel con el gran ciudadano suizo como el tal tio Cándido.

\* \*

El emperador Napoleon no va ya á visitar al rey de Prusia porque teme ser mal recibido. Carácter, amigo, carácter.

\* \*

Hemos recibido las dos primeras entregas de una obra cuyo titulo es *Los trovadores marianos*, dedicada á cantar las alabanzas de la Virgen Maria.

Parece que tomarán parte en su redaccion buenas plumas, cuyos trabajos corresponderán con el titulo de la obra.

Que sea para bien.

\* \*

*El Pensamiento español* esclama en uno de sus últimos números en tono sentimental y plañidero, hablando de los excesos cometidos por los rusos en Polonia:

«¿Cuándo se cansará el despotismo de atormentar á su victima!»

¡Hombre! ¿Cómo se atreve usted á anatematizar lo que está proclamando á todas horas y en todos los terrenos, como el *sancta sanctorum* de los pueblos?

Si no fuera usted neo, le diria que no era lógico, pero no lo digo, porque no se me acuse de redundante.

Verdad es que usted puede esplicarme satisfactoriamente esta contradiccion, diciéndome (y lo creo sin que me lo asegure) que entre todos los despotismos de que es ardientisimo abogado hay uno solo que usted no puede tolerar jamás: el que se ejerce sobre usted y los suyos.

Es natural. Por algo habia usted de ser neo.

## SANTO DEL DIA.

San Robustiano, mártir y San Juan Francisco de Regis.

CULTOS. Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de religiosas agustinas de Santa Isabel.

## BOLSA.

COTIZACION OFICIAL DEL DIA 23.

Fondos públicos.

3 por 100 consolidado al contado, 34-10.

Idem á fin de mes, 00-00.

Idem á fin del próximo, 00-00.

Id. por 100 diferido al contado, 32-85.

Idem á fin del próximo, 00-00.

Amortizable de 1.ª clase, 00-00.

Idem de segunda, 00-00.

Deuda del personal, 25-60 d.

Biletes hipotecarios, 98-20.

Carreteras y sociedades.

Emision de Abril de 4.000, 83-50 p.

Idem de 2.000, 88-00 d.

Idem de Junio, de 2.000, 93-70.

Idem de Agosto, de 2.000, 77-50.

Idem de Marzo, de 2.000, 00-00.

Idem de Julio, de 2.000, 73-00.

Obras públicas, de 2.000, 00-00.

Canal de Isabel II, 1.000, 103-00 d.

Obligaciones de ferro-carriles. 67-25

Idem nuevas, de 2.000, 68-70 d.

Idem, id., de 20.000, 66-35.

Banco de España, 139-25.

Cambios extranjeros.

Londres 90 d. f., 49-75.

Paris, á 8 d. v., 5-17 d.

## ESPECTACULOS.

ZARZUELA.—A las nueve.—Gran concierto instrumental dirigido por el Sr. Arban.

TEATRO FRANCES.—(Variedades).—A las nueve.—*La vie parisienne*.

TEATRO DE VERANO.—(Circo de Paul).—A las nueve.—*Del enemigo el consejo*.—*La linda aldeana*.—*Los dos ciegos*.

CIRCO DE PRICE (paseo de Recoletos).—A las cuatro y media y á las ocho y media.—Funciones de ejercicios ecuestres y gimnásticos.

PRINCIPE ALFONSO.—A las cuatro y media y á las ocho y media.—Variadas funciones de ejercicios ecuestres y gimnásticos.

GALLOS.—Circo de Santa Bárbara.—A las doce del dia—Grandes peleas.

PLAZA DE TOROS.—Sétima media corrida en la que se lidiarán seis toros del marqués del Saltillo, de Colmenar.—La corrida empezará á las cuatro y media en punto.

FIGURAS DE CERA.—Coleccion compuesta de 60 personajes.—Colegiata, 3.—Entrada 2 rs.

Editor responsable D. José García.

Madrid.—1868.

Imprenta de José M. Faraldo, Fomento, 18.